

PREGÓN SEMANA SANTA
LA UNIÓN 5 de abril de 2014
ESTEBAN BERNAL AGUIRRE

Rvdo. cura Párroco Consiliario D. Ginés Luis, Hermano Mayor, Presidentes de las diferentes agrupaciones, Comisarios de la Mesa de la Cofradía y hermanos cofrades todos de la Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de los Mineros. Excmo. Sr. Alcalde, miembros de la Corporación Municipal y demás representantes municipales. Representante de la Cofradía Marraja de Cartagena, Vicedecano y representante de la UCAM, Hermano Mayor de los Romeros de san Ginés, Presidente de los Caballeros de Santa Bárbara, componentes de la Coral Argentum. Feligreses y cuantos nos acompañáis esta tarde. Bienvenidos seáis a esta casa de todos.

Antes de comenzar me gustaría agradecer a los representantes de la cofradía, la oportunidad que me brindan de pregonar esta Semana Santa; y espero con la ayuda de Dios, poder prestar a la Iglesia este servicio.

Al aceptar la invitación fui consciente de la responsabilidad que conlleva, al tiempo que me vinieron a la memoria cinco razones personales que me unen desde hace años a los desfiles procesionales del Santo Cristo de los Mineros:

- La primera de las razones, es casi genética. Tiene su origen antes de que yo naciera, y se debe a la manifiesta devoción de mi abuelo materno Antonio Aguirre Valero por este Cristo de los Mineros. Esta relación de piedad le llevó generosamente a encargarle al hijo del escultor José Gerique, la peana que hasta hoy engalana la talla centenaria. Culmina esta primera relación personal, con el hecho de que

también mi padre realizara anteriormente este pregón.

- La segunda tuvo que ver con mi maestro, el maestro Asensio Sáez, quien nos transmitió su apasionado amor por la Semana Santa unionense, bajo estas mismas tejas, justo en lo que hoy es aquel rincón del fondo del templo donde entonces teníamos el aula.
- Esta segunda razón tuvo como consecuencia natural la tercera, que me animó a procesionar en mi juventud en dos ocasiones.
- La última de las razones es doble y tiene que ver con el arte. En 1995 pinté el cartel que anunció la Semana Santa. Esta relación artística quedó sellada en bronce 10 años más tarde, el pasado año, cuando tuve el honor como escultor, de realizar el monumento al procesionista.

Una vez comentados estos apuntes biográficos, me gustaría indicarles cual será la línea argumental que inspira este pregón. Muchos son los aspectos poliédricos desde los que podríamos aproximarnos a la Semana Santa: desde el arte, desde el sentimiento, las tradiciones y expresiones populares, desde la FE,... Yo he preferido hacerlo desde esta última, desde el corazón de la Semana Santa: desde la Fe, desde donde todo lo demás adquiere sentido.

Este tiempo de Cuaresma en el que nos encontramos, es un tiempo de preparación a la Semana Santa, que tiene

su culmen en la exultante celebración de la Pascua. No es solamente un tiempo propicio para acercarnos a Dios. Es fundamentalmente un tiempo de gracia donde se manifiesta el acercamiento extremo de Dios a los hombres, a cada uno de nosotros. De esto también hablan los desfiles de la Semana Santa minera, con todos sus matices, expresiones y elementos diferenciadores que la hacen peculiar. Diferente de la Semana Santa cartagenera o de Jumilla o Lorca. ¿Y cuáles son esos matices diferenciadores? No creo que sean meramente estéticos o superficiales, como desfilas con el carburo, el yunque, el pico o la pala. Humildemente considero, que lo que la hace sustancialmente diferente es nuestra singular historia reciente. La dolorosa experiencia minera, destilada en la sabiduría que resulta del sufrimiento de generaciones pasadas, aquí en la sierra. Esta experiencia colectiva se ha transmitido como impronta generacional. Y es precisamente en esta singularidad minera, en la que quisiera poner el acento de este pregón. Ya que se trata de pregonar la Semana Santa minera, quisiera que igualmente minero resultase este pregón. Y para ello no voy a recurrir a eminentes tratados teológicos. No. Voy a solicitar la ayuda de los mineros, de su experiencia, de sus lamentos y aspiraciones, recogidas para siempre en las quartetas y quintillas de las letras de sus cantes, de los cantes de las minas. Y he de confesarles que en esa búsqueda por ilustrar este pregón, he quedado sorprendido al descubrir la enorme cantidad de letras referentes al hecho religioso, y ante la profunda sabiduría que hay encerrada en ellas. Un tesoro más de esta sierra, sin duda.

Comenzaré subrayando el sorprendente paralelismo que existe en muchos aspectos, entre la vida de Jesucristo y la de los mineros. A pesar del aparente alejamiento de la galería con el templo, prevalece una profunda identificación del minero con su Cristo, con el Cristo de los Mineros que sale en la procesión del Jueves Santo:

¡Ay, Cristo de los Mineros!,
El que sale en Jueves Santo
Por las calles de La Unión,
Consuela tú mis quebrantos
Y échame tu bendición.

o esta otra:

Carbueros de dos en dos
De cuatro en cuatro luceros,
Van alumbrando en La Unión
Al Cristo de los Mineros,
Que pasa en la procesión.

Podríamos preguntarnos el por qué de esa profunda identificación de los mineros con su Cristo. La respuesta la obtendremos al considerar las dramáticas condiciones del trabajo en la mina:

A la mujer del minero
Se le puede llamar viuda.
Qué amargo gana el dinero
Quien se pasa el día entero
Cavando su sepultura.

Como la luz de un farol
Que alumbra en la galería,
Me estoy consumiendo yo
Trabajando noche y día
En las minas de La Unión.

El minero en la negrura
Siempre trabajando abajo,
Corta piedra blanca y dura,
Y con el mayor trabajo
Va abriendo su sepultura.

Trasnochar y madrugar
Subir y bajar la cuesta
Y ganar poco jornal,
Eso a mí no me trae cuenta,
Yo a la mina no voy más.

Yo fui rompiendo a pedazos
La mina desde que entré.
Tanto en su entraña piqué,
Que ya no siento los brazos
Pero sí lo que pené.

Condiciones estas tan penosas, que a veces resultaban un verdadero infierno:

No llore usted padre cura
Si no muero confesado,
La gloria no es más segura
Que el infierno que he pasado
Viviendo en la sepultura.

Y todo ello agravado por la permanente amenaza de la muerte, que le obliga a convivir con ella mirándola diariamente a la cara:

Picando en la galería
Vino la muerte y me dijo:
Minerito cualquier día
Vendré a llevarte conmigo
Porque me debes la vi(d)a.

En el fondo de una mina
Gritaba un pobre minero:
Sacarme porque me muero
Si la mecha se termina
Y me sorprende un barreno.

En las minas de La Unión
Yo vi llorar a un minero,
Porque a su hermano perdió
Al explotar el barreno
Que él con su mano prendió.

Hay quien gana su jornal
Con el sudor de su frente.
Yo lo tengo que ganar
Luchando contra la muerte
A mucha profundidad.

Esa es la experiencia cristiana, el misterio de nuestra salvación, la de un hombre que entra en la muerte para salvarnos. Cristo se enfrenta valientemente a la muerte,

sabedor de que ha venido para una “hora”. También el minero es consciente de la angustia de su destino:

Echa una copa de vino
Y otra más y después otra,
Que quiero en mi desatino
Enterrar en cada copa
La angustia de mi destino.

Mi suerte es la de minero
Eso soy y eso seré,
Y en ese negro agujero
Va dando tumbos mi fe
Por si vivo o por si muero.

Jesús mismo, al igual que los mineros, experimentó la tristeza del abandono y la soledad ante la muerte:

Que el techo se ha desplomado
Y no aparece el relevo,
Dios mío qué habrá pasado,
Aquí solico me muero
Herido y medio enterrado.

En el fondo de una mina
Decía un minero así:
En qué soledad me encuentro
Que se me ha apagado el candil,
Maldigo mi nacimiento.

Se murió quien yo quería,
ay qué pena, compañero.

Sólo me da compañía
el Cristo de los Mineros.

Participan de la experiencia de arriesgar la vida por el compañero, el amigo. Aunque Cristo, de manera insólita y extraordinariamente incomparable, la lleva hasta al extremo de dar la vida por los enemigos:

Por salvar a otro minero
A ti te tocó morir
Eras mi amigo sincero
Yo hubiera muerto por ti.
Mala suerte compañero.

También el minero como Cristo, es conocedor de injusticias:

Con un jornal tan pequeño
Dejo mi vida en el tajo,
Falto de alimento y sueño,
Y por mucho que trabajo
Nunca está contento el dueño.

Los mineros son leones
Que los bajan enjaulados,
Trabajan entre peñones
Y allí mueren sepultados
Dándole al rico millones.

Minero pa' qué trabajas
Si para ti no es el fruto?
Pa'l patrón son las alhajas

Para tu familia el luto
Y para ti la mortaja.

Si estas son sus condiciones de vida, se comprende fácilmente entonces, la identificación de los mineros con su Cristo:

Dejadme que coja el Cristo
con mis brazos de minero.
En cuanto nos hemos visto
me ha llamado compañero.

Codo con codo conmigo
Tú trabajas compañero.
Siempre con nervios de acero
Para salvar al amigo,
Dios mío Tú eres minero.

Aunque de pena me muero
Mi pena en un cante digo,
No estás solo en el madero
Mi soledad va contigo.
Ay Cristo de los Mineros.

Con la lámpara encendida
Ay Cristo de los Mineros
Qué cosa tan parecida
Somos tú y yo compañero:
Muerto tú y yo en la agonía.

Tú la Cruz y yo el barreno,
Tú el Calvario y yo la mina.

Pensar que nos parecemos
es lo que me da la vida.

A pesar de la dureza del carácter del minero, forjado a fuerza de golpes y sufrimientos, éste le ofrece a Dios la disponibilidad de su corazón:

Minero soy de La Unión
No tengo pan ni dineros,
Pero tengo un corazón
Que el Cristo de los Mineros
Tiene a su disposición.

Es la fe del carbonero, la que de manera sencilla pero rotunda, fructifica en una sentida declaración de amor:

Que Cristo tiene una espina
¡y cómo se me clavó!
Como un pico en una mina
dentro de mi corazón.

No subo hoy a la mina
porque está muerto el Señor
y he de quitarle la espina
que clavé en su corazón.

Los mineros no necesitan grandes tratados teológicos para reconocer la sabiduría divina que encierran la Bienaventuranzas. Tienen la escuela teológica de la mina:

Padre Nuestro, Padre Nuestro,

El más sabio de la mina
En el tajo y la cantina.
Nunca habló mejor Maestro,
Qué palabra tan divina.

Vi un minero en la cantina
Con muchos conocimientos,
Que el que trabaja en la mina
Conoce el mundo por dentro
Y lo demás, lo adivina

No cabe duda de que los lazos del sufrimiento le unen profundamente a su Cristo. Pero ante esa experiencia dolorosa, de amenaza constante de muerte y angustia ¿Qué hace el minero? ¿Dónde encuentra el consuelo en su particular Calvario?:

Le pregunta un barrenero
A la Virgen del Rosario:
Madre mía por qué muero?
Y ella señala al Calvario
Y al Cristo de los Mineros.

Aparece en el minero la gracia de la fe. Es consciente de la amenaza cotidiana y encuentra en Dios un último asidero, que le ayude a explicar lo inexplicable de la vida ...y de la muerte. Y acaba poniendo en Él su confianza:

Canta el pájaro en el campo
Al sol que la luz le da,
Y yo en la mina le canto
A Dios que en la oscuridad
Dirige todos mis pasos.

No tengo miedo a la mina
ni le temo a los barrenos,
porque conmigo camina
el Cristo de los Mineros
sangrando por las espinas.

Soy minero temerario,
y con orgullo sincero
llevo al pecho un relicario
con la Virgen del Rosario
y el Cristo de los Mineros.

El minero descubre en el cante un modo perfecto de abrir
su corazón, de expresar su sufrimiento:

Dos cosas hay que saber
Pa' cantar bien por minera:
Primero lo que es querer,
Y segundo compañera
La ciencia del padecer.

Hasta el punto de confundir su pena con el cante:

"Qué pena esta pena mía",
Iba el minero cantando.
Y tanta pena tenía
Que conforme iba penando
Pena más grande tenía.

En múltiples ocasiones el cante es una invocación. Es
la oración convertida en copla, que viene a confirmar lo

que aseguraba san Agustín: “*quien reza cantando, reza dos veces*”. Porque la música consigue penetrar en el alma, en regiones más profundas que la palabra:

Si oyes de noche cantar
Santíguate compañero
Que es la oración de un minero
Que viene de trabajar
De las minas de Piñero.

Minera y edificante
Es la misa de La Unión.
Porque el cante de Levante
Es lamento y oración
Y a Dios le gusta este cante.

Bajo a la mina pensando
Si yo volveré a subir.
Mientras bajo voy rezando,
Y cuando vuelvo a subir
Me paso el tiempo cantando.

En la mina se escuchó
El cante de una minera.
Por lo triste que sonó
Qué grande sería la pena
Del hombre que la cantó.

El minero aprende a poner su confianza en Dios. Pone su vida en sus manos y se encuentra con facilidad viviendo una vida trascendente. Se encomienda a la

providencia sin necesidad de grandilocuentes
demostraciones teológicas:

Yo soy minero bueno
De las minas de La Unión.
Por si me explota un barreno
Le rezo y pido al Señor
Un rinconcito en el cielo.

Quiero hacer fuerza y no puedo
Siento de la muerte el frío,
No me abandones Dios mío
Porque queda otro barreno
Entre el escombros perdido.

Se oye un grito en el rehundido
Que me hiela el corazón.
Dios mío ten compasión
Que un barreno me ha crujió
Y no tengo salvación.

Un minero por taranto
En el castillete dijo:
Antes de bajar yo canto
Gloria al Padre, Gloria al Hijo,
Gloria al Espíritu Santo.

De nuevo vuelve a triunfar la fe del carbonero, la del
minero podríamos decir, ante la de tantos versados

teólogos a los que quizá precederá en el Reino de los Cielos.

Tal vez se podría pensar que esta devoción es un fenómeno aislado, pero no es así:

Van bajando en aluvión
Desde la cúspide al llano,
A ofrecerle una oración
Con el carburo en la mano
Los mineros de La Unión.

Si en un principio poníamos de manifiesto la identificación de los mineros con su Cristo, y seguidamente comprobábamos cómo depositaban en Él su confianza, es previsible suponer que el resultado sea una experiencia de resurrección. Como nos asegura san Pablo: “si con él morimos, con él vivimos”. Porque quien confía en Dios no queda defraudado.

El minero conoce y sufre la dureza de la vida. Por eso anhela su redención:

Cuando suenan en La Unión
Las notas de una minera,
Es que habla el corazón
De la población obrera
Que ansia su redención.

Y vive diariamente la experiencia de Cristo al resucitar de la muerte:

Que pongan un campanario

En la boca de la mina,
Porque en saliendo con vida,
Las campanas repicando
Anunciarán mi alegría.

Al Cristo en esta minera
Yo le tengo que pedir,
Si me va a dejar morir
Que sea debajico tierra
Pa' luego al cielo subir.

Gloria a Dios en las alturas
Y paz a la buena gente,
Gloria a Dios omnipotente.
Que en la mina más oscura
Dios es luz resplandeciente.

El minero ha conocido la amarga, pero sabia experiencia referida por Gracián: “el hombre nace engañado y muere desengañado”. Desenmascara la falsa superficialidad de la vida, y queda defraudado de todo...y de todos, menos de la roca verdadera:

El tajo fue mi testigo,
Cobarde mi compañero,
El capataz mi enemigo.
Sólo a Dios tuve conmigo
Como hombre verdadero.

Es hombre desengañado y por tanto sabio. Por eso aspira a la dicha de la Vida Eterna:

Ay, Cristo de los Mineros,
que yo quiero trabajar
en tus minas de los cielos
para no morir jamás.

Una vida donde la vida nunca acaba:

Señor del Cielo y la mina,
Santo, Santo, Santo Dios,
bendito sea el que camina
en el nombre del Señor.
¡Su filón nunca termina!

Esta es la obra que Cristo realiza en los hombres. La obra de pasarnos a la otra orilla dando su vida por nosotros para que ninguno se pierda. Esta es nuestra fe.

Afirma la teología que la memoria es una dimensión de la fe. Si es así, llegado a este punto, nosotros, unionenses herederos de esta sabiduría de la mina, sabiduría con mayúsculas acrisolada por nuestros antepasados: ¿Qué hemos aprendido de este valioso legado? ¿Qué hemos olvidado en nuestra vida? ¿A qué nivel está nuestra fe? Tal vez la hayamos enfriado al volver a poner el corazón en nuestros proyectos, en nuestra propia vida, en nuestros hijos,...en tantas y tantas cosas y personas, y no en Dios. Quizá engañadamente, hayamos vuelto a creer que viviremos aquí para siempre, y por tanto defendemos todas estas cosas en las que fiamos nuestra felicidad, viviendo como si el cielo estuviera tan lejano, que no existiese. Posiblemente hayamos olvidado aquella valiosa sabiduría minera, sobre

la transitoriedad de todo cuanto nos rodea ...y de la vida misma.

Pues bien, esta Semana Santa nos invita a mirar al cielo. Esta Cuaresma de preparación, de conversión, de vuelta a Dios, nos propone mirar primeramente a nuestro corazón y a nuestra vida para reconocer todo cuanto nos sobra. Todo lo que nos separa de Dios para poder vivir unidos a Él. Nos anima a poner en Él nuestra confianza, haciendo frente a todas las situaciones difíciles por las que atravesemos, ya sean de enfermedad, de injusticia, de soledad o de precariedad económica. A vivir las adversidades mirándolo a Él, como hacían los mineros de esta sierra. Los mineros de este Cristo, del Cristo de los Mineros.

Este tiempo de gracia nos interpela. Es tiempo propicio para la vuelta a la casa del Padre. Tiempo que nos invita a la penitencia y al recogimiento. A alimentar nuestro espíritu. A vigilar y no caer en la trampa de perdernos en los preparativos externos de la Semana Santa. Nos previene del peligro de cuidar solo las expresiones necesarias que la acompañan ...y quedarnos fuera de ella. Vuelve a invitarnos a no descuidar el núcleo del misterio que nos disponemos a celebrar. A no ser meros espectadores desde la acera o desde dentro del capuz. ¡A vivirla desde la fe!

¿Y cómo? Desde ya mismo. Confiando en Él y no teniendo miedo a reconocer que en ocasiones también nosotros hemos sentido la soledad del Calvario. Que hemos sufrido el abandono de los demás. Que quizá

hemos perdido el sentido de la cruz. Que hemos descubierto una vez más nuestra debilidad ante tantas situaciones que nos superan, asaltándonos dudas y preguntas para las que no encontramos respuestas. Que también nosotros, como los mineros de este Cristo... lo necesitamos. Necesitamos ser redimidos, salvados de nuestros pecados.

Todos buscamos a Cristo sin saberlo, porque todos, ansiamos la felicidad de una manera definitiva. Y esta felicidad con mayúsculas, el verdadero descanso, solo se encuentra en Jesucristo.

Esto es lo que celebramos. Celebramos que Dios se ha acercado tanto a nosotros con su humanidad, que se ha manchado con nuestro barro hasta el punto de ser crucificado por nuestros pecados. Nos ha buscado en la muerte en la que en tantas ocasiones nos encontramos. Ha descendido hasta el infierno de las oscuras galerías de nuestro corazón, para abrazarnos con su luz.

Dios no se impone, nos visita sin la exigencia moralista del cumplimiento de una ley que no podemos cumplir. Nos visita desde la misericordia para abrirnos el cielo con sus padecimientos, porque *con sus llagas hemos sido curados*.

Una Semana Santa más, Cristo recorrerá las calles de nuestro pueblo con los brazos abiertos desde la cruz. Quiere abrazarnos, amarnos, recogernos desde donde nos sintamos perdidos, como ha escrito el Papa Francisco en su reciente obra "La alegría del Evangelio". Nos dice así:

“Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque “nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor”. Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Este es el momento para decirle a Jesucristo: “Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores”. ¡Nos hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido!. Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar “setenta veces siete” nos da ejemplo: Él perdona setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia delante!”

Así nos hablaba el Papa.

Me gustaría concluir animándoles a todos y a mí mismo, a vivir el Triduo Pascual que se avecina, como un solo día. Como tres partes de un todo, de una misma película. Tal vez conectamos con mayor facilidad, a nivel sentimental, con el Jueves o el Viernes Santo. Es fácil compadecernos del Cristo sufriente que padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, que fue crucificado, muerto y sepultado. Pero lo mejor de la película, permítanme el símil, no acaba aquí. Quizá al recogerse el último trono de la procesión del Viernes Santo podamos tener la equivocada impresión de que todo ha acabado. Que allí concluye un episodio cíclico hasta el año próximo. No. De ninguna manera. Nada hay más frustrante y triste que una semana de pasión sin el horizonte de la resurrección. No acaba todo con la muerte, no tiene esta la última palabra. Celebraremos el extraordinario y salvífico desenlace final del Domingo de Gloria y Resurrección. La resurrección de Jesucristo. Del Cristo de los Mineros, que no reina desde la tristeza y el lamento de la cruz donde solemos contemplarlo, sino desde el cielo, donde está vivo y glorioso ofreciéndonos su Santo Espíritu.

¡Ya se oye el redoble convocante del tambor de pasión! Dejémonos arrastrar por él. Que nos introduzca en este misterio que nos salva. Preparémonos ante la inminencia de la salvación que nos visita.

¡Abrid con pico y barreno,
porque hacia aquí se encamina
el que pende en el madero

y se venera en la mina,
el Cristo de los Mineros!

¡Paso a la Semana Santa!

¡Paso al Cristo de los Mineros que sale a nuestro
encuentro!

¡Saldrá a buscarnos con el corazón y los brazos
abiertos de par en par!

¡Recorrerá nuestras calles,
bajará a nuestros pozos,
abrirá nuestros cepos... destruirá nuestra muerte!

¡A Él la gloria por los siglos de los siglos!

Buena Semana Santa.

Muchas gracias.